

CAPITULO XXXI.

Teodosio el Grande.—Destrucción del gentilismo.—Juicio sobre el reinado de Teodosio.—San Ambrosio condena la crueldad del emperador Teodosio con los habitantes de Antioquia y Tesalónica.

VERDADERAMENTE las circunstancias en que Teodosio subió al trono de Occidente no podían ser más críticas y desfavorables. No se le oscurecía esto al guerrero español; y desde los primeros momentos, pero más especialmente cuando, por la serie de acontecimientos que hemos narrado en el capítulo anterior, se vió dueño único y absoluto de todo el imperio, dedicóse con un afán digno del mayor elogio á remediar, en lo que posible fuera, los grandes progresos que ya había hecho el mal.

Los bárbaros, en las invasiones de que llevamos hecho mérito, habían causado una revolución general en todo el imperio, y eran al mismo tiempo una amenaza para el porvenir que no debía despreciarse. Teodosio la comprendió; y mientras por una parte les halagaba y les atendía, por otra les sujetaba con mano firme, impidiéndoles que se considerasen como señores cuando solo estaban en su territorio por debilidades de sus antecesores que él ya no pudo evitar.

La cuestión religiosa, cuestión sumamente vital en aquella época, reclamaba un tino muy especial, una atención marcadísima, puesto que era la que se estaba sosteniendo, la lucha de las antiguas ideas con las modernas, del paganismo con el Cristianismo.

El Emperador vió desde luego lo importante y lo necesario que era extirpar todas aquellas distintas escuelas religiosas, donde se estaban sosteniendo combates de no menos trascendencia que los que se libraban en los campos de batalla.

Uno de los varones más eminentes de esta época fue san Ambrosio, obispo de Milan, que se opuso tenazmente y sin temor de ninguna clase á las crueldades cometidas por el emperador Máximo y por Teodosio en dos ciudades que se sublevaron.

Eran estas Antioquia y Tesalónica que, disgustadas por algunas disposiciones de Teodosio, alzaronse contra él, cegándose la cólera á sus habitantes hasta el punto de derribar las estatuas, tanto del Emperador, cuanto de su familia. Sabedor de ello Teodosio, dando rienda suelta á su indignación, ordenó á las tropas destinadas á sujetar las rebeldes poblaciones, que sin consideración de ninguna especie pasasen á cuchillo á todos sus habitantes.

Partieron los soldados á cumplir con su mandato, y tal fue la presteza con que caminaron, que cuando Teodosio, más tranquilo ya, y por lo tanto con mayor sangre fría, comprendió todo lo terrible de la orden que diera y envió mensajeros para revocarla, era ya tarde; estaba cumplida en todas sus partes.

San Ambrosio, al tener noticia de semejante acontecimiento, lleno de santa indignación escribió al Emperador una carta en que le decía: «No me atrevería á ofrecer el sacrificio, si asístieseis á él. «Lo que me prohibiría la sangre derramada de un solo inocente, ¿lo podré hacer con la de tantas víctimas?»

Y de esta manera, censurándole con dureza, continuaba aquella carta, que hizo tal impresión en el Emperador, que dirigiéndose inmediatamente en su busca, al ir á penetrar en la iglesia se vió detenido por el Obispo que con el inspirado acento de la razón le decía: «Has imitado á David en su crimen, imítale en la penitencia.»

Y aquel esforzado varón, sin intimidarse ante el aspecto de los guerreros que acompañaban á su jefe, sin temor alguno á las penas que el señor del imperio pudiera imponerle, en castigo de su audacia, permaneció en aquel sitio, alta la frente y resplandeciente la mirada, impidiendo la entrada en el sagrado recinto al que se había manchado con la sangre de tantos inocentes.

Teodosio escuchó aquella voz; Teodosio no solamente no castigó al que de tal manera le anatematizaba, sino que, despojándose de sus imperiales insignias, hizo penitencia pública en la catedral de Milan, obteniendo la absolución del santo Obispo, firmando una ley que este le indicó, en la cual se prescribía que mediase un plazo de treinta días entre una sentencia de muerte y su ejecución, á fin de que aquella no fuese hija de la cólera ó de la impresión del momento.

Y sin embargo aquel humilde penitente, que de tal modo reconocía la falta que cometiera, era, según ya hemos visto, un gran guerrero y un legislador equitativo y justo.

Porque Teodosio comprendía muy bien que si con la espada se gana, con las buenas leyes se conserva, y el famoso código «Teodosiano» es una prueba bien patente de su convicción.

Y no solamente fue el reinado de Teodosio digno de llamar la atención por haber dado vida á aquel vasto imperio que encontró casi agonizante, conservándole robusto y fuerte bajo su mano, si que á nuestro juicio fue mucho, muchísimo más importante por el influjo que ejerció en el movimiento social, político y religioso que había empezado á verificarse.

Fuera de toda duda está que Teodosio, emperador y soldado, religioso y legislador, si con la espada sujetó á los bárbaros que invadían sus dominios, con la cruz enfrenaba el politeísmo y la herejía, invasión en el terreno moral y político no menos terrible que la de las tribus del Norte.

Había llegado el momento de librarse el gran combate, tanto en el campo de batalla como en el de la idea.

La civilización antigua y la barbarie luchaban en ambos terrenos; en el de las armas y en el del pensamiento. Los dioses del Capitolio procuraban no ver la luz del Evangelio, de la misma ma-

nera que el politeísmo oponía toda clase de obstáculos á la unidad religiosa; y en este combate obstinado y pertinaz tomaban parte las personas de todas categorías, se confundían los estados, las clases y condiciones, y allí estaba el historiador con el sacerdote, el senador con el general, el ministro con el poeta, el filósofo con el comerciante, luchando, discutiendo, avanzando ó retrocediendo, según las fuerzas con que contaba cada bando.

«¿Qué Dios deben adorar los romanos, á Cristo ó á Júpiter (1)?» preguntaba Teodosio al Senado romano.

El prefecto Símaco, el grande orador pagano, defendía la causa de Júpiter; san Ambrosio, el discretísimo orador cristiano, defendía la de Cristo.

Constantino dió comienzo á la gran obra que Teodosio terminó. El primero trató suavemente de abolir el paganismo, el segundo lo prohibió resueltamente.

«Prohibimos — decía — á nuestros súbditos, magistrados ó ciudadanos, desde la primera hasta la última clase, inmolar víctima alguna inocente en honor de un ídolo inanimado. Prohibimos «los sacrificios de adivinación por las entrañas de las víctimas.» De esta manera por medio de mandato se terminaba aquella lucha colosal.

Mientras tanto, y á la par que el Emperador hacia esfuerzos tan colosales para ahogar el gentilismo, España, país que siempre ha sido muy tenaz para conservar sus costumbres, luchaba de una manera encarnizada respecto al nuevo culto.

Según san Agustín, los naturales en su gran mayoría paganos ó priscilianitas ó arrianos, echaban generalmente las culpas de cuantas calamidades públicas les afligían á los cristianos.

Y era tal la afición á las antiguas prácticas, á los hábitos en que por espacio de tantos años vivieran, que según Salviano y otras autoridades dignas de crédito, los mismos españoles recién convertidos al Cristianismo, apenas salían del santuario de cumplir con los preceptos religiosos, buscaban el recreo y la distracción en los terribles dramas que tenían lugar en los circos, ó en las licenciosas escenas que se representaban en los teatros. Los sacerdotes cristianos hacían esfuerzos para alejarlos de aquellos espectáculos, feroces los unos é inmorales los otros; pero sus esfuerzos se estrellaban muchas veces contra la fuerza de la costumbre.

El obispo de Barcelona san Paciano dice en una de sus obras, que se vió obligado á escribir un libro contra una ceremonia llamada *Hennula Geruola*, á que se entregaban los fieles para celebrar el primer día del año, ceremonia puramente gentilica; lo que probaba que el paganismo existía dentro de las costumbres aun después de haberse hecho la pública abjuración.

Por otra parte, el clero español había comenzado á relajarse en sus costumbres, en términos que uno de los cánones del concilio de Zaragoza excomulgaba á los clérigos que pretendieran hacerse monjes por vanidad, ó por tener más libertad para hacer lo que quisieran (2).

Himerio, obispo de Tarragona, no pudo tolerar la relajación en que se encontraba la disciplina eclesiástica y las costumbres de los cristianos, y escribió al pontífice Dámaso consultándole sobre lo que debería hacer.

Siricio, sucesor de este, le contestó en una carta, notable documento que es el primero que se encuentra en las colecciones antiguas de la Iglesia latina, y el primero que reconocen los sabios por verdadero; carta en la que se encuentra la siguiente decretal: «Que nadie pueda casarse con la que ya está desposada con otro y ha «recibido la bendición del sacerdote: que los monjes y monjas que «sin atender á su voto y estado faltan á la castidad sacrilegamente «viviendo como si estuviesen casados, sean excluidos de la comunión hasta el fin de la vida, y que entonces se les dé el Viático de «misericordia; que á los ministerios eclesiásticos solo sean admitidos los de buena vida y costumbres y los que solo se hayan casado una vez; que con los clérigos no viva mujer alguna sino las que «permite el concilio Niceno.»

Fácilmente puede comprenderse por esto lo mucho que las costumbres cristianas se resentían de las licenciosas del gentilismo. San Jerónimo decía: «Hay algunos que solicitan el sacerdocio ó el diaconado para ver más libremente á las mujeres; cuidan más principalmente de su vestido, de peinar la cabeza con mucho esmero «y de perfumarse; rizan los cabellos con el hierro, las sortijas brillan en sus dedos, andan de puntillas, y mas os parecerán jóvenes recién casados que clérigos (3).»

Pero al lado de estos sacerdotes ligeros y frívolos, consecuencia natural de la influencia que todavía seguían ejerciendo las costumbres del gentilismo, había en cambio esos santos Padres, verdaderas lumbreras, tanto de la ciencia cuanto de la pureza de costumbres; esos prelados virtuosísimos como Osio, Atanasio de Alejandría, Agustín, el autor incomparable de la *Ciudad de Dios*, y tantos otros que, trabajando sin cesar con una fe y una constancia superiores á todo elogio, ayudando eficazmente á Teodosio, consiguieron el descrédito y la caída del politeísmo, y la entronización de la religión cristiana.

(1) Zósimo, *Hist. lib. IV.*

(2) Aguirre, *Colección de concilios*, tomo II.

(3) Fleury, *Historia eclesiástica*, tomo IV.



SITIO DE ROMA POR ALARICO.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO XXXII.

Arcadio y Honorio. — Su incapacidad para reinar. — Nuevas irrupciones de bárbaros en el imperio. — Emperadores intrusos en España. — Alarico en Roma.

Ya hemos dicho en otro lugar que el imperio romano, que Teodosio recibiera semicadáver, merced á su poderoso esfuerzo se conservó lleno de vida y de vigor durante el tiempo de su mando.

Desgraciadamente sus dos hijos Arcadio y Honorio, ni heredaron el talento ni ninguna de las demás dotes que tanto caracterizaban á su padre.

Separados á la muerte de este los imperios de Oriente y Occidente, Arcadio, que reinaba en el primero, estaba dominado por una mujer y un eunuco, mientras que Honorio, emperador de Occidente, desdioso y ligero, abandonó todo el poder á Estilicon, con cuyas dos hijas se casó sucesivamente.

Si el reinado de Teodosio fue verdaderamente importante por haber sabido devolverle la vitalidad á un cuerpo que casi de ella carecía, sujetando con su poderosa mano á los enemigos que braveaban en el interior; su hijo Honorio tuvo la fatalidad de ser quien con mayor precipitación le condujera á su ruina.

Mientras los bárbaros tuvieron una mano poderosa que les sujetara, permanecieron inactivos; pero desde el momento en que conocieron la inmensa distancia que había entre Teodosio y su hijo, rompiendo los diques que les sujetaban arrojáronse sobre el débil trono de este, despues de haber impuesto vergonzosas condiciones á su hermano Arcadio.

Alarico, de la familia de los ballos, la mas ilustre de las godas, á pretexto de verse mal recompensado por Arcadio, abandona el lugar que Teodosio generosamente le concediera, y, puesto al frente de los suyos, atraviesa como devastador torrente la Tracia, la Dacia, la Macedonia y la Tesalia, sin que fueran bastantes á contener su récio empuje las débiles fuerzas que el Emperador de Occidente le opusiera.

El desfiladero de las Termópilas, aquel célebre paso regado con la sangre de Leónidas y de los trescientos espartanos, se vió hollado por las plantas de aquellos bárbaros que, penetrando en el país de los sábios y de los guerreros ilustres, llevan el terror y la desolacion desde el Adriático golfo hasta el mar Negro.

Arcadio, tan inútil como cobarde, cediendo á las sugestiones de Rufino, su favorito, tan miserable y bajo como él, concede á Alarico la soberanía de la Iliria, sin comprender que acababa de crear, en sus propios Estados, otro nuevo que no podria menos de crearle grandes conflictos para el porvenir.

Segun opinion de algunos historiadores, el mismo Rufino, generalmente odiado, y cuyo trágico fin y sangrientas crueldades cometidas con su cadáver prueban el aborrecimiento que todas las clases le profesaban, fue el que concibió é indicó á Alarico la expedicion emprendida contra Honorio.

Parece que aprovechándose de la estupidez de Arcadio y del poder que ejercia, trataba de apoderarse del imperio.

Para realizar este plan conveníale que Alarico acarrearase poderosos obstáculos á Honorio con objeto de impedir que pudiera acudir en socorro de su hermano.

El plan estaba hábilmente concebido, pero llególe á descubrir Eutropio, que ocupaba un elevado cargo en palacio; y como Rufino, segun hemos indicado, disfrutaba de muy escasas simpatías, no fue necesario mucho para obtener su muerte, la que tuvo lugar al frente de las legiones, dejando al pueblo que se entregara á los mayores excesos con el cadáver de aquel que, vivo, le maltratara de una manera tan terrible.

Alarico entre tanto apercebido sus huestes, y declarando la guerra sin motivo alguno á Honorio, traspasó los Alpes Julianos, y el Emperador de Occidente, que se adormecía entre deleites en su palacio de Milan, despertó sobresaltado al rumor producido por aquellas masas de visigodos que invaden su territorio.

Este trató de huir en los primeros momentos, pero, por dicha, Estilicon no tenia el carácter tan apocado como el monarca, y reuniendo apresuradamente un poderoso ejército, lanzóse al encuentro del invasor, á quien encontró en Polentia.

Precisamente era la fiesta de Pascua del año 403, y los soldados de Alarico, cristianos en su mayor parte, rehusaron batirse respetando aquella festividad (1); pero Estilicon, que no tenia los mismos escrúpulos, le atacó con un encarnizamiento tal, que le derrotó por completo, cogiéndole un gran número de prisioneros, entre los que se contaban la esposa é hijos de Alarico.

Con semejantes rehenes fácil fue imponer condiciones al bárbaro guerrero, el cual se comprometió á salir de Italia recibiendo del Emperador una pension en pago de su condescendencia.

No habian transcurrido dos años cuando Radagaso, guerrero goda tambien, al frente de nuevas hordas de vándalos, suevos, borgoñones, godos y alanos, salvando los Apeninos, fueron á poner sitio á Florencia. Alarico les habia enseñado el camino, y el formidable imperio romano quedaba abierto ya á todos los audaces que quisieran invadirle.

Estilicon acude inmediatamente. Las treinta legiones que acudílaban, aumentadas con algunas hordas de bárbaros que llevaba á sueldo, se arrojan sobre Radagaso, cuyas tropas quedan destrozadas y él mismo prisionero, muriendo poco despues.

(1) Osió, lib. VII, cap. 37.

Aquellas turbas de suevos, de vándalos y alanos, rechazados en Italia, cayeron sobre las Galias, y las devastaron á su antojo.

Las legiones de la Gran Bretaña, tomando su parte tambien en la general contienda, nombran emperador á un tal Marco, á quien asesinan para vestir con aquella púrpura risible á Graciano, que sufre igual suerte que su antecesor, elevando al trono aquella soldadesca desenfrenada á un soldado llamado Constantino, innoble remedo del gran príncipe de este nombre, y que, tratando de imitarle, llamó tambien Constante á un hijo que tenia, dándole el título de César.

Constantino sujeta á la Gran Bretaña á su dominio, y ordena á su hijo Constante que pase los Pirineos y penetre en España con objeto de obligar á este país á que reconozca su poder.

Pero en España, donde la lealtad desde los primitivos tiempos habia echado hondas raíces, no fue tan fácil consolidar el poder de Constantino.

Los dos hermanos Didimio y Beriniano, naturales de Palencia y parientes de Arcadio, levántanse en armas seguidos de sus deudos y amigos, y marchan contra Constante.

Pero su valor y la bondad de su causa tuvieron la desgracia de no verse ayudados por la fortuna, y fueron batidos por Constante, hechos prisioneros, y conducidos á Arles, donde Constantino estableció su corte, y condenados á muerte por el cruel usurpador.

Constante dejó encomendado el gobierno de España á un tal Geroncio, quien, siguiendo la costumbre establecida ya de hacer emperadores segun eran los caprichos de cada uno, se subleva contra su mismo bienhechor y viste con una nueva púrpura especial á un tal Máximo, cuyo reinado fue tan corto como lleno de turbulencias y desórdenes.

Precisamente en estos momentos Alarico, el feroz Alarico, aparece en Italia al frente de innumerables guerreros, sin que parecieran haberle hecho mella las anteriores derrotas.

Promete respetar á Honorio ofreciéndose á marchar á las Galias contra el usurpador Constantino, y Estilicon, de quien se dice que abrigaba algunos planes respecto á los Estados de Arcadio, hermano de su señor, acepta la amistad y los servicios del monarca godo, y merced á su influencia y á lo enérgico de su voluntad, consigne que el Senado entregue á Alarico cuatro mil libras de oro encomendándole la defensa de las fronteras italianas.

Oféndense las legiones con esto; sublévanse, excitadas por un tal Olimpio, oficial del Emperador, y Estilicon es decapitado en Ravena por orden de Honorio.

Con la muerte de este bravo general quedaron francas las puertas de Italia para las bárbaras tribus del Norte.

Era ya imposible seguir sosteniendo al lado de Honorio las tropas auxiliares, que solamente por afecto á Estilicon permanecian á su lado. Pasáronse á los godos en número de treinta mil, prestándoles un socorro que impulsó á Alarico á realizar el plan que meditara.

Levanta su campo inmediatamente, y se dirige de ciudad en ciudad, arrastrándolo todo, como destructora tromba, hácia el objeto de sus deseos.

«—¿A dónde vas...? hábale preguntado en el camino un eremitaño. — Dios lo sabe, respondióle el monarca godo; siento dentro de mí una voz secreta que me dice: *Anda, y vé á destruir á Roma.*»

Y efectivamente, aquella ciudad que habia mas de setecientos años que no viera ante sus muros un ejército extranjero, ve aparecer ante sí aquellas tribus feroces que la envuelven en un círculo de hierro, que cada día la estrechan mas, reduciéndola al último extremo.

Tan riguroso fue el asedio, que aquellos nobles patricios, aquellos sibaritas romanos, se vieron obligados á alimentarse con los manjares mas repugnantes; y como quiera que las gentes caian extenuadas por en medio de las calles sin que el sitiador amengudara un solo instante el rigor del cerco, no tuvieron mas remedio que mandar comisionados suplicando humildemente la paz.

Los enviados de la *señora del mundo*, al penetrar en la tienda del bárbaro monarca, pretenden imponerle diciéndole: «Toda «vía hay en Roma inmensa muchedumbre de gente.» — «Mejor, «reponde Alarico; cuanto mas espesa nace la yerba, se corta mejor.»

Y, aumentando sus exigencias en proporcion que conocia la necesidad, les pide todo el oro, toda la plata y cuantos objetos preciosos encierra la ciudad, así como tambien la libertad de todos los esclavos bárbaros.

«—¿Qué nos dejas entonces?» preguntáronle los diputados. — «La vida,» les contestó.

No tardaria mucho tiempo en que ni aun esta les concederian. Pues no en vano habia escuchado Alarico aquella voz secreta que le decia: *Anda, vé y destruye á Roma*; el 24 de agosto del año 410 de Jesucristo y á los mil ciento sesenta y tres de su fundacion, los estandartes godos, flotando en lo alto del Capitolio, demostraban que la *señora del mundo* habia quedado esclavizada por los bárbaros.



INVASION DE LOS VÁNDALOS.

Rivera Editor, Barcelona, Boletín, 84 y 86.